

# La Bioética: diálogo entre Ciencia y Fe.

Por Jorge H. Suardíaz Pareras.

Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo (SS Juan Pablo II, Carta Encíclica *Fides et ratio*, Introducción, 1998)

## Introducción

El ser humano realiza la búsqueda de la verdad por tres caminos simultáneos y que se complementan entre sí: en primer lugar, la propia experiencia, adquirida en contacto con la realidad; en segundo, el análisis racional de esos datos y su confrontación con experiencias previas; por último, la aceptación de conocimientos recibidos de otros. Es obvio que la mayor parte de nuestros conocimientos se obtiene por esta última vía; esta aceptación de testimonios ajenos, desde las enseñanzas transmitidas por los padres o los maestros, hasta la información diseminada por los Medios de Comunicación Social –no siempre tan dignos de crédito– constituye lo que llamamos Fe. No es, por lo tanto, un concepto relacionado exclusivamente con el ámbito religioso, sino la aceptación de un modo de conocer, absolutamente indispensable para el desarrollo humano. No obstante, en esta reflexión, cada vez que se emplee dicho término, se hará en referencia expresa a la Fe religiosa.

La relación entre Ciencia y religión nunca ha sido fácil: Basta recordar el tan llevado y traído caso del proceso y condena de Galileo –devenido símbolo universal de la controversia entre Ciencia y Fe y del supuesto rechazo de la Iglesia católica al progreso científico–. La alusión al mismo, hecha por SS Juan Pablo II en noviembre de 1980, en Colonia, no puede ser más tajante, sincera y humilde 1.

En 1876 se publicó en España una obra de W. Draper en la cual se afirmaba categóricamente que "La Ciencia y el cristianismo romano se reconocen mutuamente como incompatibles"<sup>2</sup>. En el presente trabajo, el autor se propone exponer las razones en que se basa su criterio de que, en el mundo actual, Ciencia y Fe no sólo no son incompatibles, sino que pueden y deben complementarse; un puente de unión entre ambas es la Bioética.

## Desarrollo

La Fe consiste en creer; la Teología trata de hacer comprensible la Fe porque –para emplear las palabras de San Anselmo– "sería una gran negligencia el no tratar de comprender lo que creemos". La Ciencia, por su parte, progresa más bien por cambios de paradigmas (aparición de conceptos radicalmente nuevos en un determinado campo) que por acumulación de contenidos. Ello puede influir sobre la Teología, como sucedió con el concepto teológico de Creación a causa de la teoría biológica de la Evolución. Los momentos de aceptación de un nuevo paradigma de la comunidad científica, son los más críticos en la relación Ciencia-Fe. Muchas veces la Teología ha necesitado abrirse a ellos por la presión de los propios creyentes, que se sienten desconectados de la realidad del mundo que les rodea: son los "signos de los tiempos" de los que habla el Concilio Vaticano II en la Constitución *Gaudium et Spes*<sup>3</sup>. A veces, esta reacción se produce con retraso, debido a la falta de comunicación entre Teología y Ciencia.

El cristiano de hoy vive, en general, en una cultura dominada por la Ciencia y la Tecnología (y por los Medios de Comunicación Social). Por lo tanto, no puede vivir su Fe de espaldas a los conocimientos que aporta la Ciencia y los adelantos que proporciona la Tecnología. Tenemos que ser conscientes de la imagen del universo que nos proporcionan hoy las Ciencias, porque ese es el universo que Dios ha creado. Cuando afirmamos hoy la Fe en la Creación, lo estamos haciendo con la imagen que las Ciencias nos proporcionan: "El cristiano de hoy debe saber vivir su Fe sin ignorar los avances de la Ciencia (...) Debe convencerse de que todo avance en nuestro conocimiento del mundo que nos rodea, debe servir también para enriquecer nuestra Fe en el Dios que lo ha creado"<sup>4</sup>.

La Iglesia, por su parte, ha dado pasos hacia un mayor acercamiento a la Ciencia, aceptando su verdadera autonomía y reconociendo los errores a que esta no-aceptación pudo haber llevado en el pasado. Son cada vez más numerosos, en las últimas cinco décadas, los documentos del Magisterio que tratan este controvertido tema. Así, en la Constitución *Gaudium et Spes*, del Concilio Vaticano II, podemos leer:

"Muchos de nuestros contemporáneos parecen temer que, por una excesivamente estrecha vinculación entre la actividad humana y la religión, sufra trabas la autonomía del hombre, de la sociedad o de la Ciencia (...) La investigación metódica en todos los campos del saber, si está realizada de una forma auténticamente científica y conforme a las normas morales, nunca será en realidad contraria a la Fe"<sup>5</sup>.

**Y, más adelante, añade que:**

"Son de deplorar ciertas actitudes que, por no comprender el sentido de la legítima autonomía de la Ciencia, se han dado algunas veces entre los propios cristianos; actitudes que, seguidas de agrias polémicas, indujeron a muchos a establecer una oposición entre la Ciencia y la Fe"<sup>6</sup>.

Sin embargo, advierte del peligro "de que el hombre, confiado en exceso en los inventos actuales, crea que se basta a sí mismo y deje de buscar cosas más altas"<sup>7</sup>. Por eso, en la carta Encíclica *Fides et ratio*, Juan Pablo II hace un llamado a los hombres de Ciencia a "continuar en sus esfuerzos, permaneciendo siempre en el horizonte sapiencial en el cual los logros científicos y tecnológicos estén acompañados por los valores filosóficos y éticos, que son una manifestación característica e imprescindible de la persona humana"<sup>8</sup>.

Esta doctrina de apertura hacia la Ciencia, está retomada en la carta de SS Juan Pablo II al Congreso Internacional con ocasión del tercer centenario de los Principia, de Isaac Newton, en la que se refiere a las condiciones y expectativas del diálogo Teología-Ciencias. Las condiciones fundamentales para ello son dos: el reconocimiento mutuo de la autonomía, tanto de las Ciencias como de la religión y la apertura total del diálogo, frente a todo fundamentalismo. "La Ciencia puede liberar a la religión de error y superstición; la religión puede purificar la Ciencia de idolatría y falsos absolutos". Refiriéndose al principio antrópico<sup>9</sup> dice que: "Es en ese marco macroevolutivo que nos imponen las Ciencias, en el que ha de encuadrarse nuestra Fe y nuestra historia de salvación, si pretendemos que sean hoy inteligibles para nuestro mundo. Es en ese marco en el que hemos de pensar la creación continuada, la preparación escatológica y la encarnación en Cristo de ese Dios trinitario que quiere comunicársenos". Concluye exhortando "tanto a la Iglesia como a la comunidad científica a afrontar esas alternativas inevitables"<sup>10</sup>. Científicos y teólogos están, pues, llamados a aprender unos de otros, a renovar el contexto en el que se hace la Ciencia y a nutrir la inculcación que requiere una Teología viva.



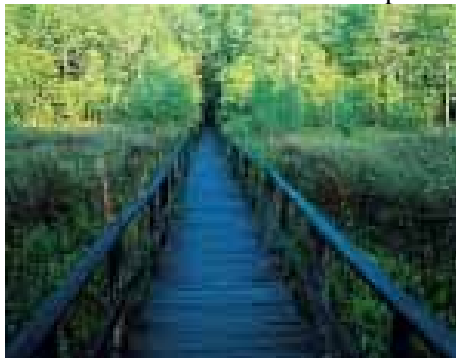
En un momento de euforia, a finales del siglo XIX y principios del XX, la Ciencia se consideró –sobre todo por los autores del positivismo lógico- como el único conocimiento objetivo y capaz de dar absoluta certeza, por lo que la metafísica y la religión carecían de sentido. Pronto se vio que esto no era más que una ilusión.

Recién terminada la Primera Guerra Mundial, el austriaco Ferdinand Ebner, precursor de la Antropología Filosófica actual, planteó que la causa de la catástrofe radicaba básicamente en que Europa cultivó el viejo ideal de la Edad Moderna: Más Ciencia, más técnica, más dominio de la realidad, más creación de artefactos que den poder y comodidad, es igual a Felicidad. Ese ideal egoísta condujo poco después a la Segunda Guerra Mundial<sup>11</sup>. Después de terminada esta, la euforia que ponía todas las esperanzas humanas en el "eterno progreso", empieza a debilitarse ante la constatación de la provisionalidad de todo conocimiento humano y la ambigüedad de la aplicación de los logros de la Ciencia a la vida del hombre. Ahora parecía evidente que no es lícito hacer todo lo técnicamente posible. Con la explosión de la bomba atómica, la física había perdido su inocencia<sup>12</sup> y los riesgos del mal uso de la Ciencia estaban a la vista.

Hoy, la continua degradación del medio ambiente, la incertidumbre creada por la manipulación genética y otros aspectos negativos del progreso tecnológico, así como el enorme desequilibrio del disfrute de sus logros, limitado a una pequeña parte de la población mundial, mientras la gran mayoría no tiene resueltas sus necesidades más elementales, han contribuido a crear una actitud más crítica ante la Ciencia y la Tecnología.

Por último, el ser humano actual se encuentra sometido como nunca antes a todo género de opiniones y doctrinas, presentadas como postulados científicos. Los medios de comunicación se han arrogado el papel de cátedras del saber: es verdadero todo aquello de lo que se habla y se trasmite (sobre todo por la Internet), o aparece en letra de molde.

En este contexto, el oncólogo experimental norteamericano R. Van Potter escribe en 1971: "Hay dos culturas – Ciencias y Humanidades- que parecen incapaces de hablarse una a la otra; y si esta es parte de la razón de que el futuro de la Humanidad sea incierto, entonces posiblemente podríamos construir un puente hacia el futuro (...) Los valores éticos no pueden ser separados de los hechos biológicos"13. Nació, con este libro, la Bioética. Pocos años más tarde (1979), el teólogo judío Hans Jonas desarrolla una nueva dimensión de la ética frente a la magnitud de los efectos de la intervención humana sobre la naturaleza. Surge así una nueva ética, donde la naturaleza y su vulnerabilidad, pasan a ser elementos sustantivos del imperativo moral14.



Paralelamente a ello, poseemos en la actualidad una cosmovisión científica que es, al mismo tiempo, completa y rigurosa y se encuentra estrechamente relacionada con las ideas de creatividad, racionalidad e información. Hoy se puede afirmar que el dogma materialista de la eternidad de la materia y su continuo desarrollo hacia formas siempre superiores, ha sido negado, precisamente, por la Ciencia de la materia: la Física. La materia no es eterna: tuvo un comienzo –el Big Bang-; y su evolución futura no es hacia mayor esplendor y desarrollo, sino hacia una muerte térmica incompatible con la vida y con toda actividad.

La Teología no puede cambiar las conclusiones de la Ciencia, pero sí puede darnos un punto de vista más optimista para el futuro del ser humano: "Al establecer que, en nuestra realidad personal, existe un componente esencial distinto de la materia –el espíritu, que nos distingue de los animales-, se puede aceptar, como consecuencia de la inmaterialidad de este, una posible supervivencia más allá del tiempo y del espacio. El punto de vista teológico nos resuelve la aparente paradoja de que el Universo parezca carecer finalmente de sentido. No han sido en vano su existencia y evolución; ha cumplido su cometido, dando oportunidad para la vida humana, que trasciende todo límite temporal y así se libra la misma materia de la futilidad."15.

Todo lo hasta aquí expuesto, fue analizado por SS Juan Pablo II, en un discurso ante la Sociedad Europea de Física, en marzo de 1979: "Se habla de una crisis de legitimación de la Ciencia, de una crisis de orientación en nuestra cultura científica. Esa crisis afecta igualmente al científico creyente. Tendrá que preguntarse por el espíritu y la orientación en que él mismo desarrolla su Ciencia. Tendrá que proponerse la tarea de revisar continuamente el método y la finalidad de la Ciencia (...) En esta situación, la Iglesia no aconseja prudencia, sino valor y decisión. Ninguna razón hay para no ponerse de parte de la verdad o para adoptar ante ella una actitud de temor".

Es evidente, pues, que estamos viviendo la transición hacia un nuevo paradigma para la Ciencia, que lleva aparejada una nueva perspectiva sobre el ser humano y su papel en el gran drama de la naturaleza. El desarrollo de la Tecnología basada en los grandes descubrimientos, nos ha hecho más conscientes de las implicaciones éticas de ese progreso. Esta cosmovisión científica actual, proporciona una base adecuada para una perspectiva que incluye los valores religiosos.

No cabe duda que los nuevos tiempos nos presentan problemas de dimensiones y alcances hasta ahora desconocidos y que ante ella los viejos enfrentamientos entre Ciencia y Fe resultan irrelevantes y estériles. En la actualidad, es posible encontrar un punto de encuentro, donde personas con diferentes posturas con relación a la Fe (creyentes, agnósticos, ateos) dialoguen y colaboren en una cuestión común, que tiene como fundamento último a la Ciencia. En opinión de F. Díaz-Fierro, más que un diálogo, se trataría de un trabajo en común: "Cuando es este el planteamiento, surge inmediatamente el tema de los valores puestos en juego por los protagonistas (individuales y colectivos) de cuya responsabilidad depende el buen o mal uso de la Ciencia. Es decir, aparece la cuestión de la ética de los usos de la Ciencia y la Técnica; una problemática de la máxima actualidad y en la que participan personas con muy diferentes planteamientos sobre el destino de la Humanidad"16.

En su origen, la Bioética estuvo muy influida por el hecho de que sus protagonistas más importantes procedían del campo de la Teología Moral y de la Filosofía Moral, perteneciendo a distintos credos religiosos (católicos, cristianos de otras iglesias, judíos). Su desarrollo posterior la ha llevado a una fuerte secularización, dejando paso a presupuestos

**Científicos y teólogos están, pues, llamados a aprender unos de otros, a renovar el contexto en el que se hace la Ciencia y a nutrir la enculturación**

filosóficos y legales. Ello ha conducido a una fuerte tendencia a convertir las decisiones jurídicas en fuente de moralidad y a no tener en cuenta que todos formamos parte de diversas, pero no opuestas, tradiciones morales.

Urge, como ha dicho el filósofo y profesor universitario español Don Alfonso López Quintás, un rearme moral17; esta es una gran tarea que tiene por delante la Bioética y en la cual la Revelación Cristiana tiene reservado un papel de primer orden. La

## que requiere una Teología viva.

vinculación entre la ética racional, que afirma el valor de la persona humana y la Revelación, que reconoce y afirma su trascendencia, favorece el diálogo y la cooperación transdisciplinaria entre Ciencia y Fe.

Este diálogo sólo puede establecerse por medio de la razón, que es la referencia común para una y otra y le convierte en un verdadero lugar de encuentro entre todos los que buscan un sentido, libres de prejuicios y guiados por el afán de alcanzar la Verdad: "Crear en la posibilidad de conocer una verdad universalmente válida no es, en modo alguno, fuente de intolerancia; al contrario, es una condición necesaria para un diálogo sincero y auténtico entre las personas. Sólo bajo esta condición es posible superar las divisiones y recorrer juntos el camino hacia la verdad completa (...) Una filosofía en la que resplandezca algo de la verdad de Cristo, única respuesta definitiva a los problemas del hombre, será una ayuda eficaz para la ética verdadera y a la vez planetaria que necesita hoy la humanidad. Que el Trono de la Sabiduría sea puerto seguro para quienes hacen de su vida la búsqueda de la sabiduría. Que el camino hacia ella, último y auténtico fin de todo verdadero saber, se vea libre de cualquier obstáculo por la intercesión de Aquella que, engendrando la Verdad y conservándola en su corazón, la ha compartido con toda la humanidad para siempre"<sup>18</sup>.

---

<sup>1</sup> "Al considerar la relación entre la Iglesia y la moderna Ciencia de la naturaleza, muchos se sienten todavía un tanto molestos por los conocidos conflictos que surgieron al inmiscuirse la autoridad eclesiástica en el proceso de los adelantos del saber científico. La Iglesia los recuerda y lo lamenta; hoy conocemos el error y los Defectos de aquel proceder" (SS Juan Pablo II, Discurso en Colonia por el septecentenario de la muerte de San Alberto Magno, 15/11/80).

<sup>2</sup> (Draper, JW *Historia de los conflictos entre Ciencia y religión*. Alta Fulla, Barcelona, 1987).

<sup>3</sup> Lacadena, JR *Bioética y Religión: Javier Gafo in memoriam*. Rev. Latinoamericana de Bioética. Ed. Especial 2001 No 1: 40-67.

<sup>4</sup> Udías, A. *El universo, la Ciencia y Dios*. PPC, Madrid, 2001.

<sup>5</sup> *Const. Past. Sobre la Iglesia en el Mundo Actual Gaudium et Spes*, Conc. Vaticano II, No 36.

<sup>6</sup> *Ibidem*.

<sup>7</sup> *Ibidem*, 57.

<sup>8</sup> SS Juan Pablo II, *Carta Encíclica Fides et ratio*, 1998.

<sup>9</sup> *Principio antrópico: Considera que existe un "plan" dirigido a la aparición del hombre sobre la Tierra como objetivo final, que se basa en un proceso evolutivo global a partir de los estadios primordiales que suceden al Big Bang (partículas subatómicas), pasando por la formación de los elementos básicos de todo organismo vivo, hasta llegar a las estructuras orgánicas complejas, como el cerebro humano*.

<sup>10</sup> Carta al presidente del Congreso Internacional por el tercer centenario de los Principia, de Isaac Newton, celebrado en Colonia, Alemania, en 1987.

<sup>11</sup> López Quintás, A. *El espíritu de Europa*, Unión Editorial, S.A. Madrid, 2000.

<sup>12</sup> La medicina ya la había perdido antes, en el campo de concentración de Auschwitz (N. A.).

<sup>13</sup> (Potter, RV *Bioethics, Bridge to the future*. Prentice-Hall Inc. Englewood Cliffs, New Jersey, 1971).

<sup>14</sup> Jonas, H. *El principio de responsabilidad*. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica. Herder, Barcelona, 1995.

<sup>15</sup> Carreira, M. *Implicaciones teológicas de la Física moderna, en: Fe en Dios y Ciencia Actual*, Ed. Instituto Teológico Compostelano, Gráficas Lope, 2002.

<sup>16</sup> Díaz-Fierros, F. *La ética de los usos de la Ciencia y la técnica como lugar de encuentro para el diálogo entre la Ciencia y la Fe*, en: *Fe en Dios y Ciencia Actual*, Ed. Instituto Teológico Compostelano, Gráficas Lope, 2002.

<sup>17</sup> López Quintás, A. *Necesidad de una renovación moral*. EDICEP, Madrid, 1994.

<sup>18</sup> SS Juan Pablo II. *Carta Encíclica Fides et ratio*, 1998.